

cuencia de ella, aunque no todas las clases de escorpiones son peligrosas. Es opinión general que los alacranes pequeños y amarillentos son los más temibles, y el cura de Santa Magdalena, del Estado de Jalisco, me aseguró que había conocido personas adultas que muriesen de la picadura en el término de dos horas.

Parecen tener los escorpiones de México decidida preferencia por ciertas localidades, donde se les encuentra en gran número. En la ciudad de Durango, anuncian en los hoteles, como para atraer clientela, que no hay alacranes. Durante varios años, según estadísticas municipales, estuvieron matándose anualmente como 60,000 de dichos insectos, por cada uno de los cuales pagaba la autoridad un centavo, y había personas que ganaban un peso diario con esta industria. Con todo, mueren todos los años, víctimas de las picaduras, como cuarenta personas, en su mayor parte niños.

Supone el cura que acabo de citar que hay una zona propia para los escorpiones que se extiende desde el mineral de Bramador, cerca de Talpa, en el territorio de Tepic, hasta la ciudad de Durango, pero cuya amplitud lateral no podía él determinar. En Santa Magdalena los alacranes no son muy peligrosos.

CAPÍTULO XXIX

CORDIAL RECEPCIÓN EN SAN FRANCISCO—MEXICANOS AL SERVICIO DE LOS INDIOS—LA ESTRELLA DE LA MAÑANA, GRAN DIOS DE LOS CORAS—EL PRINCIPIO DEL MUNDO—COMO SE OBTUVIERON LAS PRIMERAS NUBES—EL CONEJO Y EL VENADO—AFORISMOS DE UN SACERDOTE CORA—UNA NOCHE EXTRAORDINARIA—Á CAZA DE CALAVERAS—LA INFLUENCIA DEL PADRE ME IMPIDE AVANZAR—MARCHO Á LA REGIÓN DE LOS HUICHOLES—UNA DESERCIÓN.

EN el pueblo de San Francisco, bellamente situado en una vuelta del río, fui muy bien recibido. La Casa Real, otro nombre del edificio generalmente designado con el de La Comunidad, se había barrido dejándola muy limpia y fresca, y acepté la invitación que me hicieron de alojarme en ella. Me fue proporcionado el inaudito lujo de una cama ó más bien de una armazón de cama, tejida de fuertes correas, que saqué al corredor, porque el cuarto era oscuro y me pareció preferible para guardar las sillas y aparejos que en el primero estaban. Encomendaron á dos indios que durmiesen cerca para cuidarme, y como hiciese reparos á esto, me informaron que dos individuos de Jesús María habían hablado de matarme como medio más sencillo de cumplir las órdenes del padre. Sintíendome muy á mis anchas entre aquellas gentes afectuosas y bien intencionadas, pagué á mis sirvientes dejándolos que se volviesen á sus casas, pues suponía que cuando resolviera marcharme nuevamente, podría encontrar quienes me ayudaran á llegar al territorio de los huicholes. Á un curandero más entendido que todos los demás, se le comisionó para darme los informes que yo deseaba acerca de las antiguas creencias y tradiciones de los coras.

Los indios consintieron asimismo en permitirme asistir á su mitote, que en aquella época del año se celebra todos los miércoles, por cinco semanas consecutivas, á fin de atraer la estación de las aguas. La cuarta fiesta del año iba á efectuarse el 22 de mayo. En cuanto á las cuevas sepulcrales, negáronme al principio que hubiese cráneos en las cercanías, pero acabaron por consentir en enseñarme algunos. Más tarde, sin embargo, un importante curandero se opuso á ello, amonestando seriamente al pueblo, porque los muertos que ayudaban á hacer caer la lluvia podían, al menos, ser inducidos á no detener las nubes.

Había algunos coras de ambos sexos casados con personas de la raza criolla de México, y por primera y última vez en todos mis viajes tuve allí la complacencia de ver á mexicanos pobres de otras regiones del país, trabajando en los campos de los coras, que les pagaban el acostumbrado jornal de veinticinco centavos: una vez siquiera los verdaderos dueños del suelo mantenían sus propios derechos.

Vi cerca de algunas casas de San Francisco jículis cultivados, con hermosas y grandes flores blancas. La planta se usa en los mitotes, pero no de un modo general.

En ambos lados del escarpado arroyo próximo á San Francisco, había gran número de antiguas paredes de piedras sueltas, colocadas unas encima de otras, á manera de fortificación. En otras localidades, y á veces en lugares donde menos podía esperarse, hallaba numerosas figuras circulares formadas con piedras encajadas perpendicular y sólidamente en el suelo, á la manera de las descritas en las primeras páginas de esta narración.

Tenía el pueblo, *mirabile dic'ut!*, un profesor huichol á quien las autoridades consideraban, con justicia, preferible al común de los maestros mexicanos. Era uno de los nueve muchachos á quienes el Obispo de Zacatecas, durante una visita pastoral que hizo en 1879 por la región de los huicholes, había recogido con la mira de educarlos para

la profesión sacerdotal. Después de una vida aventurera fuera de su propia tierra, había vuelto á ésta con la resolución de quedarse. Aunque no había que dar crédito completo á sus palabras, me ayudó á conservarme en buena inteligencia con los coras y le debo, hasta cierto punto, agradecimiento.

Uno de los rasgos característicos en las complicadas ceremonias de la tribu, relacionado con las edades de los niños y niñas, son las libaciones del mezcal de fabricación indígena. También se practica, al menos entre los coras de la sierra, y siempre durante el plenilunio, la extracción del cochiste, como entre los aztecas.

Se comienzan á casar desde la edad de quince años y suelen vivir un siglo. Los padres del varón arreglan el matrimonio sin consultar la voluntad de su hijo, y se presentan cinco ocasiones, con intervalos de ocho días, á pedir la novia que han escogido. Si ella consiente, no hay más que decir. Conocí un hombre que no había visto nunca á su "prometida" cuando le dijeron sus padres que ya le habían hallado novia; tres semanas después se había casado, y la pareja, como en los cuentos de hadas, siguió viviendo muchos años feliz. Sus padres y abuelos habían cumplido con los ayunos previos á la boda. En San Francisco vi hombres y mujeres ya casados, ó comprometidos para casarse, bañándose juntos en el río.

El ayuno es también característico de la religión de los coras, y se considera condición esencial para tener lluvias y buenas cosechas. Á veces se observa la abstinencia de no beber agua durante dos días, cuando la sequía se prolonga. En tales ocasiones los indios principales deben ayunar por el resto del pueblo, y enciérranse para ello en la comunidad, donde se sientan á fumar con los ojos fijos en el suelo.

Los coras del cañón no están siempre, en verano, con-

formes con el Padre Sol, porque es feroz, produce enfermedades y mata hombres y animales. Chulavete, la Estrella de la Mañana, que es el genio protector de los coras, tiene constantemente que vigilar al Sol para que no los perjudique. Antiguamente, cuando apareció por primera vez el Sol, el Lucero de la Mañana, que es frío y, por lo mismo, enemigo del calor, disparó contra el primero, que había llegado á la mitad del cielo. Lo hirió en el pecho, y lo hizo caer sobre la tierra; pero un viejo lo volvió á la vida, y el Sol pudo levantarse y salir de nuevo.

La Estrella de la Mañana es el principal dios de los coras. Con frecuencia van al amanecer á lavarse en alguna fuente por ella. Creen que es un hermano, un joven indio armado de arco y flecha, que intercede con los demás dioses en favor del pueblo. Lo invocan á que se presente en sus danzas y le exponen lo que desean para que lo comunique al Sol, á la Luna y al resto de los dioses.

La patética leyenda de las modernas aventuras de este héroe-dios pinta de un modo gráfico la condición en que consideran los indios que se halla aquél después de la llegada de los blancos. Chulavete era pobre, y los ricos no lo querían; pero cuando vieron que era buen hombre, le cobraron afición y lo invitaban á comer. Asistía á los con-vites vestido como los "vecinos," pero una vez fue casi desnudo, como andan los indios. Cuando llegó á la casa, se detuvo á la puerta, y el dueño salió con un ocote para ver quien era. No reconociéndolo, le gritó: "¡Vete de aquí, indio puerco! ¿Qué andas haciendo?" Y con la tea le quemó los brazos y las piernas al asustado Chulavete. Al día siguiente recibió otra invitación á comer con los "vecinos." Esa vez se trasformó en un individuo barbado, de color algo blanco, y se puso el vestido con que lo conocían. Llegó en un buen caballo, con fino zarape al hombro, sable al lado y sombrero ancho. Salieron á recibirlo en la puerta y lo introdujeron en la casa.

"Aquí estoy para ver en que puedo servir á ustedes," les dijo.

"¡Oh, no!" contestaron. "Lo hemos invitado porque lo queremos, no para que nos sirva. Siéntese á comer."

Se sentó á la mesa que estaba repleta de todas las buenas cosas que comen los ricos. Puso una pieza de pan en su plato, y en seguida comenzó á frotarse con él brazos y piernas.

"¿Por qué hace usted eso?" le preguntaron. "Lo hemos convidado á comer lo que comemos."

Chulavete respondió: "Ustedes no quieren que sea mi corazón el que coma, sino mi vestido. ¡Miren! Anoche era yo el que se acercó á la puerta. El hombre que salió á verme, me quemó con su ocote y me dijo: Indio puerco, ¿qué quieres aquí?"

"Pero, ¿era usted?" le preguntaron.

"Sí, señores, era yo. Como nada me dieron ayer, veo que no soy yo á quien ustedes quieren dar de comer, sino á mi vestido, y á mi vestido le daré todo." Y tomó el chocolate y el café, y se los vació encima como si fuesen agua; hizo pedazos el pan y se estregó con ellos la ropa. El arroz en leche, el arroz con pollo, el atole dulce, la carne con chile, el dulce de arroz, el caldo de vaca, todo se lo echó encima. Los ricos estaban asustados y le decían que no lo habían conocido.

"Ustedes me quemaron ayer porque era indio," les dijo. "Dios me ha hecho indio en el mundo. Pero ustedes no hacen caso de los indios porque andan desnudos y son feos." Tomó el resto de la comida para hecharla sobre el caballo y la silla, y se fue.

Los coras afirman que llegaron del oriente y que eran un gran pueblo de anchas y hermosas caras y de largos cabellos. Hablaban entonces otra lengua, y había "ve-

cinos." Según otra tradición, los hombres llegaron del oriente y las mujeres del poniente.

En el principio, la tierra era una llanura llena de agua, y por lo tanto se pudría el maíz. Los antiguos habitantes tuvieron que pensar, trabajar y ayunar mucho para conseguir un mundo en forma. Bajaron todos los pájaros á ver si podían poner en orden la tierra para que se sembrara el grano. Rogaron primeramente al zopilote de cabeza roja, la principal de todas las aves, que lo arreglara todo, pero dijo que no podía. Llamaron á todas las aves del mundo, una tras otra, para inducir las á la obra, pero ninguna quiso emprenderla. Por último llegó el murciélago, muy viejo y muy arrugado. Tenía blancos los cabellos y la barba de tanto que había vivido, y llevaba la cara llena de polvo porque nunca se baña. Se apoyaba en un palo, porque era tan viejo que apenas podía andar. Él también dijo que no era competente para llevar á cabo tal tarea, pero consintió al fin en emprender lo que ejecutó. Esa misma noche se lanzó á volar precipitadamente, abriendo salidas para las aguas; pero tan profundos hizo los valles, que era imposible recorrerlos. Las personas principales se lo reprocharon y contestó: "Volveré, entonces, á ponerlo todo como estaba."

"¡No, no!" dijeron ellos. "Lo que queremos es que las laderas sean un poco más inclinadas, que nos quede alguna tierra pareja y no todo sean montañas."

El murciélago consintió en hacer lo que le pedían, y las personas principales le dieron las gracias. Así ha quedado el mundo hasta el presente.

Como no quería llover, las cinco personas principales enviaron al colibrí hacia el oriente al lugar donde habitan las nubes, para rogarles que vinieran. Las nubes llegaron muy rápidas, mataron al colibrí y luego se volvieron á su casa. Á poco resucitó el pájaro y contó á los principales

que las nubes se habían ido. Envióse entonces á la rana con sus cinco hijos, de los que fue dejando uno en cada montaña, al encaminarse al oriente. Llamó á las nubes para que bajaran, y ellas la siguieron y alcanzaron en el camino, pero se escondió debajo de una piedra, y las nubes pasaron adelante. Entonces el quinto hijo de la rana las llamó á su vez, y cuando lo alcanzaron se escondió también bajo una piedra. Entonces el cuarto hijo llamó á las nubes y se escondió. Hizo lo mismo el tercero, y luego el segundo, y finalmente el primero, que había sido colocado en una montaña desde donde se divisaba el mar, al poniente de la sierra. Cuando las nubes se volvieron á ir, las ranas comenzaron á cantar alegremente, como siguen haciéndolo después de que llueve, y todavía se esconden debajo de las piedras cuando cae el agua del cielo en la tierra de los coras.

El conejo tenía antiguamente pezuñas como los venados, y el venado tenía uñas. Se encontraron una vez en el camino y se saludaron como buenos amigos. Dijo el venado: "Oye, amigo, préstame tus cacles para ver como me quedan. Sólo por un momento." El conejo, que tenía miedo de que el venado se los cogiera, primero no quería, pero consintió al fin; y el venado, luego que se los puso, se paró y comenzó á bailar. "¡Oh, qué bonito suenan!" dijo. Dio cinco vueltas y se puso á bailar mitote y á cantar. El conejo estaba sentado mirándolo, muy afligido y temeroso de que el venado no le devolviera sus sandalias. El venado le pidió permiso de dar cinco grandes vueltas sobre las montañas. El conejo le dijo que no, pero el venado se fue prometiéndole que pronto volvería. Regresó cuatro veces, pero á la quinta vuelta ya no pareció. El conejo trepó á una montaña y vio al venado ya muy lejos; lo quiso seguir, pero no pudo, porque estaba con los pies descalzos. El venado nunca devolvió las pezuñas al conejo, quien sin ellas se ha quedado hasta ahora.

Tuve muchas interesantes entrevistas con el viejo adivino que me proporcionaron las autoridades. Me confió que durante muchos años había cumplido fielmente con su deber como principal cantor de la comunidad, pero que de repente lo habían acusado de que practicaba la hechicería y querían castigarlo. Como era muy inteligente y sincero, me fue de mucha utilidad, especialmente por el rencor que guardaba contra sus compatriotas por aquella acusación. Sin duda se había alegrado de mi llegada por la oportunidad que le ofreció de rehabilitarse, pues por primera vez desde hacía tres años, lo contrataron para cantar en una danza. Sea lo que fuere, lo cierto es que me proporcionó muy valiosos informes; elucidaba mejor que cualquiera otro adivino de los que hasta entonces había tratado, las tendencias del pensamiento indio, y su conversación estaba llena de aforismos y opiniones sobre las ideas que tienen los indígenas de la vida.

Refiriéndose á las reglas y observancias á que los indios se tienen que sujetar para asegurarse el alimento, la salud y la vida, me decía: "Un hombre tienen que trabajar mucho para vivir. Cada tortilla que comemos es resultado de nuestro trabajo. Si no trabajamos, no llueve." Aunque el "trabajo" consista en ayunar, implorar y bailar, no deja de ser pesado.

Recogí también las observaciones siguientes:

Nosotros no sabemos cuantos dioses hay.

La luna es hombre y mujer combinados; los hombres ven en ella una mujer, las mujeres un hombre.

Es mejor dar mujer al hijo antes de que abra mucho los ojos; sinó, no sabrá la que necesita.

La enfermedad es como una persona: oye.

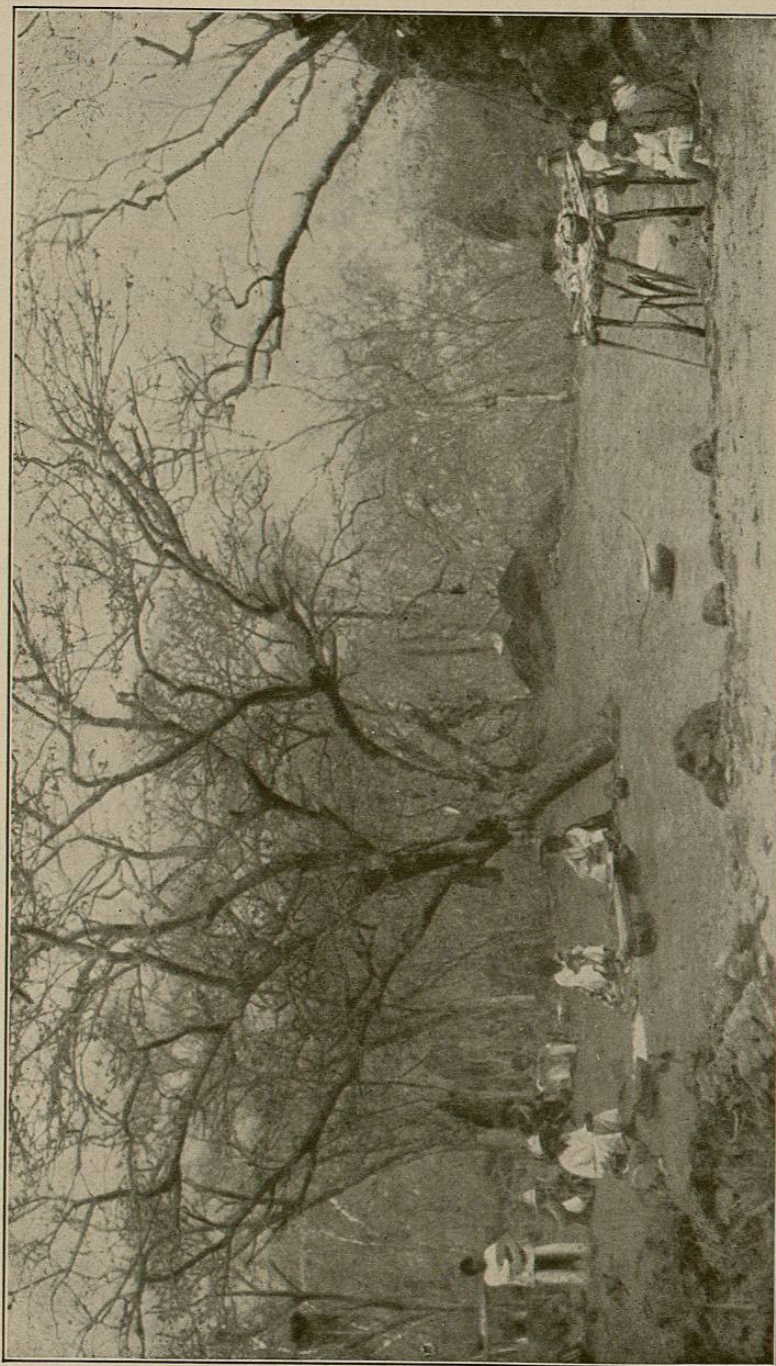
Todo está vivo; no hay nada muerto en el mundo. La gente dice que los muertos están muertos; pero están mucho más vivos que antes.

Acompañóme por la tarde mi amigo al lugar donde se iba á celebrar el mitote, y fuime desde la víspera, porque los preparativos requieren dos días y tenía empeño en verlo todo. Estaba dicho punto á algunas millas de distancia en una remota localidad, sobre la cima de un cerro cuya parte superior se componía principalmente de piedras enormes, varias de las cuales eran de una forma tan regular que parecían labradas á cincel. Crecían aquí y allí, en los pocos espacios descubiertos, algunos arbustos. En medio de la gran masa de piedras, se había dispuesto un claro para que sirviese de patio de baile. Aquellas pesadas piedras, por muertas que parezcan, no lo están para los indios, y constituyen los antepasados ó *tácuats* de los coras. Una vez iban los antiguos á un mitote, tal como estaba ocurriendo con nosotros; pero habiendo salido la Estrella de la Mañana antes de que llegasen á su destino, todos quedaron convertidos en piedras, forma en que continúan apareciendo desde entonces. Mi compañero me señaló las varias figuras de hombres, mujeres y niños que simulan las rocas, con sus envoltorios y canastas, fajas, etc., y á la indecisa luz del crepúsculo no era difícil comprender de que manera han llegado los indios á la concepción de las formas fantásticas de que juzgan rodeado aquel paraje. Hasta una montaña puede ser un *tácuat*, y todos los *tácuats* son dioses á quienes veneran y ofrecen alimento los coras; pero es malo hablar acerca de ellos.

Siempre había sido un misterio para mí por qué se fabricaban los pueblos primitivos ídolos de piedra para adorarlos; pero lo que para nosotros es piedra, bien pudiera ser para los indios un hombre ó un dios de los antiguos tiempos, después petrificado. Al esculpir las facciones, la cabeza, el cuerpo ó los miembros sólo representan ante sus ojos físicos lo que ven con los del entendimiento. Á menos que desde la infancia se substraiga al indio del seno de su tribu, nunca podrá borrarle del corazón ese peculiar panteísmo.

En el centro del claro se erguía un magnífico árbol, todavía sin hojas, llamado *chócote*, y no faltaba alguna maleza al rededor del patio, que era muy viejo. Á sólo algunas varas más arriba, hay entre las rocas otro sitio semejante, con vestigios de mucha mayor antigüedad. Me habían prometido los indios que en aquella ocasión haría uno de los sacerdotes un ojo de dios para mí, y me enseñaron la piedra en que se sentaría á hacerlo, la cual se hallaba junto al árbol. Detrás había otras seis piedras semejantes colocadas en círculo al rededor del fuego, en lugar de los asientos que había visto en Pueblo Viejo. Las personas principales habían barrido el suelo por la mañana, y desde entonces se habían estado fumando sus pipas y platicando con los dioses.

Hallábase presente una mujer principal, ya vieja, acompañada de su nieta que representaba á la luna. Parecía que también tenían que atender á ciertos deberes religiosos que desempeñan por espacio de cinco años, comenzando á la inocente edad de tres la pequeña, quien, durante aquel término, vive con la anciana, sea ó no su pariente. La vieja tiene á su cargo la gran jícara sagrada de la tribu, empleo que sólo debe desempeñar una mujer de indudable castidad. Llámase á dicha vasija "Madre" y se le rinde culto. Consiste en la mitad de un gran bule redondo, adornada por dentro y por fuera con sartales de cuentas de colores y llena de copos de algodón que sirven para cubrir unas esculturas de piedra de grande antigüedad. Nadie más que la primera autoridad religiosa puede levantar aquel algodón que es símbolo de la salud y de la vida. El tecomate mismo se apoya sobre algodones. En las festividades, la mujer que lo cuida, llévalo al lugar de la danza y lo deposita en medio del altar. Tiene al rededor de todo el borde plumas de loro, y cada persona que llega va poniendo una flor sobre el algodón que hay dentro de la jícara. Tal vasija es realmente el santo



Patio sagrado de los coras, llamado *tautá*, supuesta residencia del gran Táuat Oriental del mismo nombre. Fotografía tomada después del baile. El altar principal, á la derecha. El arco musical, retirado de su sitio, frente del banco.